

# EL JEFE DEL ESTADO Y EL PACTO POLITICO

**S**E han encontrado en Washington dos Jefes de Estado que han llegado al poder por vías excepcionales en sus países. Gerald Ford es Presidente de los Estados Unidos por una serie de tragedias domésticas que le han elevado a ese primer puesto inesperada y sorprendentemente; Juan Carlos de Borbón es Jefe de Estado en España por un largo régimen excepcional, por designación del anterior Jefe de Estado. Gerald Ford es el primer Presidente de los Estados Unidos que no ha sido elegido por el pueblo: las elecciones del mes de noviembre le ratificarán o le excluirán definitivamente. La ratificación del Jefe del Estado español no es tan fácil. Es, hasta ahora, objeto de un pacto tácito. Parece que todos los españoles —"parece", y esta es una apreciación temeraria, porque no hay hasta ahora manera de comprobarla— hemos venido a convenir que en estas circunstancias excepcionales concuerdan en la Corona una serie de equilibrios políticos que permiten una estabilidad. Las breves manifestaciones públicas que su representante ha hecho hasta ahora no han incitado a la desconfianza.

**E**L ministro de la Presidencia, señor Alvarez Osorio, acaba de plantear este problema de la izquierda y la Corona en términos predominantemente desagradables, como parece ser la tónica de un amplio sector del Gobierno. "La izquierda deberá asumir el compromiso de aceptar la legitimidad de la Corona y de hacer imposible otra guerra civil". Esta presentación de la disyuntiva entre aceptar una legitimidad —no ya un hecho consumado— o someterse a una guerra civil, que la izquierda no desea, y no sólo porque la relación de fuerzas le es ahora enteramente adversa, sino por el hecho en sí de la guerra civil —la palabra "ruptura", tan empleada, no significa en ningún caso violencia armada—, es maniquea. La propuesta debe aceptar la alternativa de ser leal a la Corona cuando ésta no se ponga al servicio de sus intereses, y de hacer inviable el autoritarismo que se nutre más del miedo que de la gallardía". Puesto que los intereses de la derecha no han sido tocados hasta ahora y el autoritarismo no ha cesado, la facilidad de la derecha para aceptar la legitimidad es considerable. No la ha puesto nunca en duda.

**L**a izquierda no cree en la transmisión genética de poderes y virtudes, ni cree tampoco en la designación directa. Tiene otro cuadro de valores, hablando en términos generales. Sin embargo, su larga y dolorosa experiencia le hace comprender que hay valores coyunturales que debe considerar. La izquierda en España no ha pronunciado hasta ahora palabras lesivas para la Corona ni para el Jefe del Estado. Ha levantado acta de sus declaraciones, y acaba de hacerlo con el discurso pronunciado por él ante el Congreso de

Washington. Sus opiniones no han sido negativas. Quizá hasta exclusivamente interpretativas en un sentido positivo, como lo hace don Raúl Morodo al comentario diciendo que con el discurso "la oposición ha pasado de la clandestinidad a la potencialidad de ser Gobierno". Pero el mismo día, el fiscal solicitaba para don Simón Sánchez Montero, encarcelado en condiciones penosísimas y tras una larga vida de presidiario, dieciocho años de reclusión. Al día siguiente se detenía en el aeropuerto de Barajas a un destacado representante de la oposición no comunista, don Rafael Calvo Serer. Y mientras el Jefe del Estado se entrevistaba en Washington con el dirigente sindical Mr. George Meany (AFL-CIO), el ministro de la Gobernación prohibía en Madrid la celebración del congreso de Comisiones Obreras, mostrando así la facilidad para el autoritarismo que concede la recién estrenada Ley sobre el derecho de reunión y la escasa credibilidad que puede darse al proyecto de Ley de asociación, y dando toda clase de posibilidades para la desconfianza de la reforma sindical.

**E**S difícil que mientras duren estas circunstancias, la izquierda y la derecha que forma parte de la oposición democrática —que es muy abundante— puedan aceptar un principio de pacto como el que ha ofrecido el señor Osorio "entre la legitimidad de la Corona y ese gran número de españoles deseosos de que nuestro régimen sea semejante al de cualquier país libre" o el pacto "de conductas", entre líderes políticos "de distintas opiniones, que se comprometan a respetar las reglas del juego democrático". Las reglas se están haciendo sin esos líderes, se les están dictando; y su principal, prácticamente única oposición a ellas, aparte de la de su no participación, es la de que el juego no es democrático. La conducta de la otra parte de lo que sería el pacto es autocrática hasta este momento. Otro proponente del pacto, desde el Gobierno que dicta las reglas, es el señor Fraga: "Gobierno y oposición deben aceptar compromisos históricos y pactos fundamentales; debe evitarse el planteamiento de la concurrencia política en términos de voluntad de exterminio del adversario y hay que buscar un consenso básico en lo fundamental, con aplazamiento de las cuestiones de programa". Un programa en realidad es el que ha propuesto en ese mismo discurso el señor Fraga: "Renunciar a tirarse adjetivos y leyes represivas a la cabeza; aceptar que en las cátedras o en los periódicos se defiendan puntos de vista diferentes, incluso si son radicales; permitir una vida cultural activa, una escena social abierta, una arena política a la vez competitiva y civilizada; conseguir que no tenga que salir del país, de cuando en cuando, un numeroso contingente de exiliados y evitar, en fin sobre todo, que no se plantee una vez más la concurrencia política en términos de voluntad de

exterminio del adversario". Palabras que suscribimos todos. Pero el señor Fraga, por lo que sabemos de algunas de sus reuniones con jefes de la oposición, no es parco en adjetivos: y por lo que vemos viendo, tampoco lo es en represiones. Esperemos que comience él, que comiencen ellos. "A vous le premiers, messeieurs les anglais", dijo el conde Cambronne en Waterloo, cuando los ingleses le pidieron que se rindiera (la subhistoria dice que en realidad el general conde de Cambronne dijo simplemente "Merde", que es lo que la frase popular francesa llama "le mot de Cambronne"; pero esto es sólo una divagación marginal).

**Q**UE papel tiene en todo ello el Jefe del Estado? Cuando la izquierda acepta en la praxis la existencia y la mediación de la Corona, ¿qué puede estar aceptando? El nuevo papel del Jefe del Estado está definido por unas leyes y es un papel fuerte, decisivo y excepcional, muy por encima en capacidad dispositiva que el de otros monarcas y que el de otros Presidentes europeos. El Jefe del Estado no está asumiendo, no está queriendo adoptar lo que, utilizado por otro, sería una autocracia abierta. Está actuando con una discreción política máxima, perjudicada únicamente por sus epígonos, por los monárquicos temperamentales y fanáticos, y por unos medios de comunicación que están programados para el culto a la personalidad y están abusando de él —y en contra de la imagen de sencillez y discreción que quiere dar el Jefe del Estado— en cada una de las actividades públicas que preside o a las que asiste. El abuso cometido con el viaje a Estados Unidos es grave. Pero a pesar de esa discreción y de esa originalidad propia, es siempre lo que es. Citemos de nuevo al señor Osorio: "El Rey no quiere ni va más de prisa que el propio Gobierno (en la 'reforma'). Si viera que no sintonizaba con el Gabinete, habría una cosa clara: lo cambiaría". El propio Jefe del Estado ha respondido en América —a un periodista— que estaba identificado con el señor Arias Navarro y con su acción de gobierno. Son hechos y palabras que, mientras llega otra definición mejor, la oposición democrática tiene que tener en cuenta.

**E**N cuanto al viaje a América, hay algunos errores diplomáticos que contribuyen a esclarecerlo. España sigue jugando a la retórica, a la prosopopeya, al énfasis. La ilusión tontona de que un Rey de España entrase en América por la misma puerta por la que entró Colón, la de Santo Domingo, ha ido a favorecer un régimen sombrío y dictatorial, perfectamente antidemocrático, como es el del Presidente Balaguer. Pero esto es lo de menos. El Jefe del Estado ha tenido que ir a Washington sin que el Senado haya ratificado el Tratado, en contra de todo lo previsto. La diplomacia española ha fallado en sus cálculos: le hubiera bastado con leer la prensa de los Estados Unidos para comprender que la ratificación no sería tan rápida ni tan cómoda. Cuando se ratifique, el Tratado llevará la coletilla de la enmienda que considera el Tratado como dependiente de una democratización real de España. Ciertamente que esa enmienda no modifica en nada lo práctico del Tratado; pero también es cierto que es zahiriente, venida de un país que sigue siendo hegemónico en el mundo y en Europa. La inminencia del viaje del Jefe del Estado español no ha presionado lo más mínimo a los senadores para que se apresurasen a ratificar el Tratado. Se trata de una democracia. No tanto como cree el diario "Informaciones" que, lanzado por el camino de la retórica, que es un hada maligna de los editorialistas, asegura que "don Juan Carlos ha expuesto los principios de un sistema de vida pública democrática ante el Congreso de una nación que simboliza hoy la filosofía de la libertad del hombre y de la soberanía del pueblo". Desgraciadamente, millones de hombres en el mundo, y numerosos pueblos, saben que los Estados Unidos simbolizan lo contrario, y los antepasados de este Je-

fe del Estado español lo supieron muy bien en los momentos de Cuba y Filipinas. En cuanto al discurso del Jefe del Estado español, que puede haber sido lo más interesante de este viaje, ya que en el interior del país sus intervenciones son más parcas y más medidas, no es en realidad una exposición de principios de vida democrática, sino la de algunas esperanzas e intentos.

**S**ON, sin duda, positivos. No digamos que esperanzadoras, por que la esperanza se compone de muchos factores más, y sin duda y afortunadamente va mucho más lejos de lo que puede suponer una sola persona, por egregia que sea. En el discurso se promete —y los senadores renuentes habrán tomado buena nota y les será útil a la hora de ratificar el Tratado— que la Monarquía pretende asegurar "el acceso ordenado al poder de las distintas alternativas de gobierno, según los deseos del pueblo libremente expresados", que es lo que da pie al señor Morodo para su apreciación optimista de que la oposición ha sido legalizada y sale de la clandestinidad. En la realidad, el Gobierno está considerando a la oposición como algo informe y molesto que todo lo más podrá ser eso: oposición. Para toda su vida. Mientras el Gobierno sigue siendo el poder, y ha de ser sustituido si el caso llega por otras fuerzas políticas emanadas de la misma autoridad.

**P**OR eso, cuando se llega al punto de exigir un reconocimiento de legitimidad —y no sólo de acatamiento a lo que existe y es—, la oposición puede convertir la frase en pasiva: la legitimidad de la Corona, tal como ella misma se define, sólo será reconocida por estos resistentes de tantos años cuando sea admitida la suya propia. La legitimidad del poder en fuerzas que, como antes queda dicho, no admiten que sea la Providencia, ni la genética, ni la designación las que determinen el poder, sólo será un hecho cuando la oposición misma sea legitimada. En otras palabras: la legitimidad de la Corona sólo será admitida cuando la oposición sea legitimada (desde el punto de vista de esa oposición). Se trataría en ese caso de una legitimidad que se hace a sí misma, sin aludir a antepasados lejanos ni a legatarios inmediatos.

**L**A idea del "pacto", hasta este momento, es demasiado precaria. Aparece ante la mayoría de los dirigentes de la oposición como una trampa tendida por algunos gobernantes. No se presenta —por ellos— como tal pacto, sino como una tregua o como una sumisión temporal. La oposición democrática presencia cómo, mientras tanto, las "reglas de juego" —la serie de proyectos de Ley que llegan a las Cortes— se hacen sin ella. Y presencia cómo las Cortes dulcifican algunos términos, algunas restricciones de los proyectos del Gobierno. Tampoco cree que se trata de un repentino reblandecimiento de esas Cortes, sino de que numerosos procuradores tratan de evitar que en el futuro las restricciones y las represiones puedan aplicarse a ellos mismos o a los grupos que representan. Ciertamente que la oposición democrática sabe también cuáles son las dificultades importantes con que se encuentra el Jefe del Estado y los obstáculos que se oponen a su Gobierno; no puede deslumbrarse por la idea de que la oposición autocrática sea solamente "un elefante de papel", idea que podría arrastrarla a una situación grave: el elefante y sus colmillos, sus defensas, son demasiado pesados y demasiado fuertes, y su mentalidad, demasiado estrecha.

**S**E toma acta, una vez más, de la imagen que el Jefe del Estado da de sí mismo. Se toma acta también de las ofertas pactistas del Gobierno. Pero se esperan, sobre todo, hechos que la corroboren. La vida sigue siendo demasiado hosca, demasiado difícil para la oposición democrática en este país como para que acepte un pacto con condiciones dictadas. Lo primero que necesita es que ese pacto, en realidad, se negocie. ■